

El sacrificio sanguinario

Daniel Covelli



“La escena en la cima del Templo Mayor es espantosa, bárbara, rayando en la maldad. Las piedras del templo están ensangrentadas con tinturas oscuras de rojo, como si esta ceremonia hubiera ocurrido mil veces. Las antorchas situadas en las esquinas del templo se queman con furia, sus llamas brincando emocionadas a la vista de otra víctima. Bajo la brillante luz anaranjada del sol inmenso y radiante, está de pie un sacerdote azteca, brazos en alto. La luz del sol se refleja en el pecho sudoroso y desnudo de esta figura musculosa. Entre las manos aprieta un cuchillo de obsidiana, afilado como una navaja. Hay una sonrisa pícaro que cruza toda la cara despiadada.

Sujetado por cuatro otros sacerdotes fuertes, el prisionero se retuerce, pateando y grita para salvar la vida. Su cara pálida revela una víctima aterrorizada, la mirada de un indígena que sabe lo que sucederá enseguida. Los cuatro sacerdotes luchan fuertemente para extender el cuerpo sobre una losa de piedra, cada con un brazo o una pierna apretada

entre sus manos. Este sacrificado tiene más energía para resistir y voluntad de pelear que los otros. Uno de los sacerdotes lo golpea en la cabeza con fuerza violenta, causando que la sangre gotee de la boca y aturdiendo a la víctima del sacrificio.

Cuando la estrella Sol se ha posicionado en el cenit del cielo, el sacerdote señala a sus compadres que ya es hora. El sacrificado empieza a llorar débilmente, le caen las lágrimas por la cara, suplicando seriamente por la salvación de su alma. Pero su destino está sellado. En solo un golpe poderoso, el sacerdote apuñala hacia abajo, haciendo una sola incisión desde el abdomen a través del diafragma. En el instante que el cuchillo penetra la piel, la víctima echa a chillar con un sonido tan espeluznante que pone la piel de gallina. La sangre está chorreando y salpicando por todas partes, una escena sangrienta que revuelve el estómago. Para el prisionero es una pesadilla, pero está a punto de ponerse mucho peor.

El sacerdote, alto como un árbol con la sangre salpicada en su pecho, se acerca a la apertura enorme en el cuerpo del nativo ensangrentado. Con un movimiento rápido, él agarra el corazón del sacrificio y ¡lo arranca por el pecho mientras aún late! El cuerpo del sacrificado pierde rigidez y se cae en la losa, todavía los ojos están abiertos con una expresión de puro horror. El sacerdote echa a rezar y poco después los otros cambian el rezo, creando un canto rítmico que aumenta en intensidad con cada mantra. De repente, el sacerdote levanta el corazón hacia el cielo y entonces lo pone en un tazón que se apoye en una estatua gigantesca de Huitzilopochtli. El corazón sirve como regalo para alimentar al dios del sol, y este sacrificio cumple con su propósito.

Después de la ceremonia, los sacerdotes agarran el cuerpo y lo tiran de la cima. El cuerpo cae por las escaleras como una muñeca de trapo, chocando al pie del templo en un desorden mutilado. Allá, los aztecas cortan la cabeza sangrante de la víctima, añadiéndola a la creciente exposición de cráneos que ya existe como recuerdo de las prácticas salvajes. Finalmente y aún más repugnante, los restos del cuerpo son alimento para los animales del zoológico, que los devoran sin pensar. Este destino es cruel, humillante, pero según los aztecas fue absolutamente necesario para satisfacer a los dioses que les sostenían la vida."

